

de ropas y preseas, despidiéndolos en seguida con toda cortesía: los de Tlaxcalla, Huexotziuco y Cholollan, además del agasajo, recibieron armas muy galanas, en señal de seguir siempre como enemigos. (1)

Idos los señores extraños, fuera de los de Texcoco y Tlacopan, formaron la enramada dicha *tlacochcalli*, casa del descanso, en la cual pusieron un bulto de rajas unidas de tea, con rostro, brazos y piernas, retrato del emperador, vestido con las insignias reales. Cubrióse el cadáver con cuatro vestidos uno sobre otro. El primero de Huitzilopochtli, para lo enal embijaron al rostro al difunto, le pusieron la manta *ocontetehuítl*, encendida y alumbrada; en la cabeza el *ichcaxochítl*, flor de algodón, con un plumaje sutil de madera pintada *malacaquetzalli*, plumas aguzadas, cobijándole la manta *netlaquechiloni*. El segundo del dios Tlaloc, tenía para la cabeza el plumaje *aztaztontli*, de plumas blancas de garza mezcladas con otras verdes y una flor de la caña del maíz *miahuaxochítl*; una rodela en la mano pintada de color de fuego y en la otra mano un palo despidiendo rayos, *tlapellanilcuahuítl*, y en el cuerpo una especie de sobrepelliz ó roquete, *ayauhxicolli*. El tercer vestido del dios Yohualhua, para la cabeza el plumaje *tlauhquechotzontli*, (2) en la mano un hueso de venado aserrado como el empleado en ciertos bailes para hacer ruido, llamado *humichicahuaz*, y en la otra mano un báculo con unas sonajas. El cuarto vestido era el del dios Quetzalcoatl, con una máscara de tigre con un pico de pájaro, y una ropa con una especie de alas, redonda por abajo, un maxtlatl con puntas redondas y la manta pequeña nombrada de mariposa.

Aderezado el bulto ó semejanza y puesto en el *tlacochcalli*, vinieron los ancianos y los sacerdotes comenzando el canto de los muertos, *miccacuícatl*; las veinte mujeres del finado salieron con el pelo tendido, trayendo comida y bebida, con jícaras de cacao, que pusieron delante de la imagen; los nobles y señores le presentaban rami-

(1) Durán, cap. XXXIX.—Tezozomoc, cap. cincuenta y cinco. MS.

(2) El *tlauhquechol*, según Tezozomoc, era un pájaro de plumas finas semejantes á las del *huitzililín*, de diversos colores y con cambiantes; llamábanlos también *tlauhquecholtzínitēcan zacuan* por no haber otras aves tan grandes como ésta en su género. En Calpan, Cozcatl y Cuextlaxtla había otras aves grandes llamadas *quetzal-tototl*, una especie de pato de plumas finas dicho *quetzalcanauhtli*, y el *tlauhquechol* ó *tlapalaztatl*, garza colorada que parece corresponder al flamenco. Véase lo que acerca de estos pájaros dice el P. Sahagun.

lletes de flores, *yettl* para fumar, incensándolo con los braseros dichos *quitlenamaquilia*, todo cual si se hiciera á la persona viva. Acabada esta comida, que podremos llamar de despedida, traían á todos los esclavos (1) dados de regalo por los señores, y á todos los de la servidumbre real, á los cuales vestían de ropas nuevas y galanas, cargándoles en cajas pequeñas las preseas usadas por el emperador, poniéndoles en los cuerpos las ropas y armas de su servicio personal. Venían al último los enanos, corcorvados y farsantes del difunto, á los cuales adornaban con joyas de oro y plumas finas, con una especie de manopla nombrada *matemecatl*, dándoles la cerbatana del monarca y sus utensilios de caza.

Acabados estos preparativos, volvía el canto por el difunto, lloraban las mujeres, y daban muestra de dolor los circunstantes por un buen rato. Sobrevenían los sacerdotes, trayendo jícaras de *iztac ootli*, derramándolo al rededor del bulto, y dejando el resto para los músicos. Los principales personajes tomaban retrato y cadáver, poniéndolos juntos sobre una pira preparada á los piés de Huitzilopochtli; esta pira estaba compuesta de rajas de *ocotl* y de cortezas de encina requeridas para aquellos casos, *tlaxipehuáli*. Dado fuego á la leña, ciertas personas estaban encargadas de avivar la lumbre y remover las ascuas, hasta que el cuerpo quedara reducido á cenizas. Los sacerdotes traían un xicalli con flores olorosas y un xicalli verde lleno de *xoquiaczoyatl*, especie de agua lustral que con un hisopo de hojas de laurel, se salpicaba tres veces sobre las cenizas, rociando despues los rostros de los señores principales y guerreros, de las mujeres del monarca y de las señoras de la concurrencia.

Tocó su turno á los esclavos. "Hermanos míos, les dijo un sacerdote, id en paz á servir á vuestro amo y señor y rey nuestro Axa-yacatl, idle consolando y animando por donde fuere: mirad no le falte algo de sus joyas, no se os caigan por el camino, servidle con mucho cuidado y dadle todo lo que hubiere menester, así de esta comida como de su bebida: mirad no os falte algo y caigais en alguna falta." Los pobres daban las gracias á los señores y empezaban á llorar despidiéndose de ellos. Luego se volvían á los corcorvados y á los enanos y domésticos de su casa, y les encomendaban

(1) Se llamaban *tepantlacaltzin* ó *teixpanmiquiztenicaltin*, los que van tras del difunto acompañándole.

"tuviesen gran cuenta y cuidado de dar aguamanos á su señor y de administrarle el vestido y el calzado, como hasta allí habían hecho y de darle el peine y el espejo que llevaban, y de darle la cerbatana cuando la hubiese menester y el arco y flechas: mirad no os falte algo en el camino; id y servid con todo cuidado á vuestro rey y señor." Sacando un *teponaztli* del emperador, lo pusieron sobre el cuauhxicalli, y encima fueron sacrificados todos aquellos infelices, sacándoles el corazón como en el sacrificio ordinario, presentándolo á Huitzilopochtli, rociando también el ídolo con la sangre. Muertos como hasta sesenta entre hombres y mujeres, con la sangre recogida en una jícara, acabaron de apagar las cenizas, y en un hoyo abierto á los pies del dios fueron enterrados cuerpos, ropas y joyas, terminando aquella barbarie.

Los señores que presidían el acto, dieron gracias á todos los asistentes, haciendo de nuevo el elogio del difunto; los huéspedes hicieron nuevas demostraciones de dolor, lamentando la pérdida grande sufrida por la patria, retornando á sus hogares. Los méxica, con las mujeres del difunto y sus parientes, ayunaron ochenta días, á cabo de los cuales repitieron las mismas ceremonias con otro bulto de madera, terminando el sumo sacerdote con afirmar, "que ya estaba Axayacatl en Ximouyan, dando á entender que estaba en lo profundo del contento y oscuridad, en las partes izquierdas *opoch huayocan*, en lo más estrecho que no tiene callejones *in allecalcan chicuhnauh mictlan*, en el noveno infierno del abismo, y éstas eran las honras y enterramientos que les hacían á los fenecidos reyes mexicanos de Tenochtitlan." (1)

Axayacatl Tecuhtli fué gran capitán y valiente soldado. Entre sus hijos se enumeran á Motecuhzoma Xocoyotzin y á Cuiclahuac, ambos emperadores de México. Extendió los límites del imperio al O. y N.O. hasta las fronteras de Michhuacan, afirmando el poderío mexicano, en lo ya conquistado. Por su influjo, el culto de los dioses se extendió por la tierra con profusión de víctimas humanas. La asistencia á esos espectáculos sangrientos endurecía el corazón del pueblo, infundiéndole indiferencia por la muerte. Cada hombre que asistía al sacrificio de un cautivo debía considerar, que siendo de profesión guerrero, fuera de salir vencedor en los campos de ba-

(1) P. Durán, cap. XXXIX.—Tezozomoc, cap. cincuenta y cinco. MS.

talla, su futura suerte no tenía otra perspectiva, que caer acribillado de heridas en un combate, ó perecer en las aras de algún dios. México era un campamento de soldados dispuestos á la fatiga y á la muerte. La guerra era la ocupación principal; por ella se alcanzaba botín, honras y recompensas, por eso los hombres todos se lanzaban con ansia á las conquistas, y con mayor placer á las más distantes, porque entonces la licencia no reconocía límites, y el saqueo de las poblaciones era de buen derecho. A los provechos mundanos se unía la fe religiosa; la guerra se emprendía para ensanchar el imperio, mas también para honrar á los dioses, para propagar su culto, para agradecerles con víctimas traídas de todos los pueblos alumbrados por el sol. Los guerreros, pues, por medio de sus armas remataban acciones meritorias, queridas de la divinidad; si sucumbían, obtendrían inestimables recompensas, supuesto que en el mundo desconocido les esperaba el galardón reservado á los valientes. La guerra, en último análisis, era el provecho en esta vida, y la salvación en la otra.